



Els zoològics i la pau a Colòmbia: canviar de paradigma

Mateo Córdoba, sociòleg. Investigador a Colòmbia per a la Fundació Franz Weber. Gener de 2018

www.zoxxi.org
www.conservaciocompassiva.org

Resum

Al següent article, el sociòleg colombià Mateo Córdoba aborda un tema de màxima rellevància: el rol de les comunitats locals en els processos de conservació d'espècies i d'hàbitats en la natura.

Tenint en compte que l'existència dels zoos als segles XIX i XX no podria ser explicada sense analitzar el fenomen geopolític del colonialisme, Córdoba ens proposa estudiar, per evitar, el fenomen del neocolonialisme als plans de protecció ambiental del Segle XXI.

El procés de pau a Colòmbia propicia oportunitats per a la biodiversitat i la recuperació dels hàbitats, però també arriben noves amenaces que provenen de models econòmics basats en l'extractivisme, l'espoliació natural i el deteriorament ambiental, la mercantilització de la vida animal i el frau de la conservació ex situ.

Davant d'una economia depredadora és necessària una oferta d'economia circular, protectora i basada en el bé comú (on la natura sigui part d'aquesta comunitat). És fonamental trobar fòrmules econòmiques i socials on mantenir els arbres dempeus sigui més rendible que talar-los, on sostenir les poblacions d'animals sigui més beneficiós que acabar amb elles.

Tot això ho podem aprendre d'un procés contemporani com és el cas colombià, la pau entre humans, la pau amb la natura i l'obligatorietat de reparació per a totes aquelles comunitats, persones, animals i hàbitats que hagin estat víctimes del conflicte armat en el marc d'una nova visió econòmica basada en la protecció ambiental.

El desafiament és enorme, però l'oportunitat també ho és.

Incloem la versió original del text en castellà.

El cautiverio como huida

Los zoológicos en el siglo XXI se encuentran ante una verdadera encrucijada. Una comunidad de sentido construida de manera global alrededor del respeto y el bienestar animal ha empezado a actuar de manera efectiva a nivel local. El actual paradigma de los zoológicos, cuyo acondicionamiento se reduce a ser centros de cautiverio, ha sido puesto en cuestión y, bajo la gestión de movimientos y organizaciones animalistas, empiezan a brotar propuestas en miras de la reconversión y el cambio de paradigma que les devuelva a la ruta de la conservación, la pedagogía y el bienestar animal.

El conflicto armado de más de medio siglo en Colombia incubó una dinámica de relacionamiento entre el ser humano y la naturaleza muy particular. La paradoja ambiental de la guerra, que supeditó la conservación de ciertos ecosistemas de alto interés ambiental a la presencia de la insurgencia (Morales, 2017, p. 12), permite dimensionar el reto ambiental que supone desarmar a las guerrillas y reemplazar su modelo de administración territorial.

Durante 50 años los enclaves ambientales del país coincidieron geográficamente con las zonas en que la confrontación armada fue más intensa. La Amazonía colombiana, uno de los lugares más biodiversos del planeta, fue controlada por el Bloque Sur de las FARC, dejando sin efecto los planes de manejo ambiental y las estrategias de conservación nacidas en la institucionalidad. El metabolismo ser humano/naturaleza quedó en manos de grupos armados organizados al margen de la ley, consolidando áreas vetadas para la economía extractiva y el modelo de desarrollo minero-energético.

Especies silvestres como el jaguar, el oso andino o la danta, referentes de la biodiversidad colombiana, estuvieron amenazadas por múltiples factores que pasaban por las mismas acciones militares en sus hábitats, el tráfico de fauna, la caza retaliativa, deforestación, etc. Ante estos peligros, la institucionalidad ambiental en Colombia se encontró maniatada y la investigación científica tuvo que trasladar sus objetos de estudio a lugares más seguros. Es decir, la inviabilidad de investigar en zonas de conflicto se tradujo en una simulación de hábitats y ecosistemas fuera de las áreas naturales, conduciendo al cautiverio de muchas especies en aras de una supuesta investigación y conservación lejos de los territorios en guerra. En medio de un país en guerra, los zoológicos fueron presentados como ventanas al mundo natural y escenarios pedagógicos para que el país conociera aquella biodiversidad que en la vida salvaje estaba vetada por la guerra. Ahora, con el desarme de la guerrilla de las FARC y el acuerdo de un cese al fuego bilateral del Estado colombiano con la insurgencia del Ejército de Liberación Nacional (ELN), muchos ecosistemas están en condiciones de ser restaurados. Eso también significaría la reintroducción de animales silvestres y la consolidación de una política de conservación territorial y en diálogo con las comunidades (campesinas, indígenas, afro, etc.) que han habitado y convivido sosteniblemente con la biodiversidad durante siglos.

La conservación vía cautiverio ha permitido en Colombia la preservación de individuos de especies que se vieron diezmadas por el impacto de la guerra en sus ecosistemas, pero generó una dinámica de individualización en la tarea de los zoológicos frente al ejercicio de la conservación. Mientras en los ecosistemas colombianos agonizaban –en términos de poblaciones– especies carismáticas como el cóndor o el mono tití, en los zoológicos se mantenían ejemplares alrededor de los cuales se construía toda una identidad corporativa y empresarial mientras se renunciaba a la vocación restaurativa de estos centros. La reintroducción de la fauna dejaba de ser una posibilidad. A esto se ha añadido la sistemática importación de animales exóticos en medio de una búsqueda de visitan-



El camino comunitario

tes y solvencia económica. Al contrario, en lugar de fortalecerse programas de reintroducción y conservación, para los zoológicos colombianos la guerra se convirtió apenas en la excusa perfecta para construir verdaderos centros de cautiverio con dinámica de empresa y cuyo mercado se definía en virtud de qué tan exóticos podrían llegar a ser los animales y qué tan exitosa fuera la construcción de marca en torno a un animal en específico, al cual se le ponía un nombre llamativo que pudiera manejarse publicitariamente. Dicho manejo es normal en los zoológicos que entran a competir por el mercado del turismo ocasional y su posicionamiento y la estrategia de marketing segmentando los servicios que ofrece según el público al que apunta (Maripángui, 2012, p. 3).

La finalización del conflicto armado en Colombia le da nuevas perspectivas a la conservación de especies silvestres en vía de extinción, reorientar el cuidado de sus hábitats para que sea ese el lugar para garantizar su vida, su reproducción y sus ciclos naturales. Allí reside el argumento de la paz ambiental: sacar a la naturaleza de la guerra, reparar los efectos del conflicto en los ecosistemas y construir planes de conservación de especies de manera participativa, con perspectivas sostenibles y en virtud del principal valor de los Acuerdos de Paz de La Habana: el enfoque territorial. Muchas zonas de alto interés ambiental ya fueron abandonadas por el conflicto armado, pero el Estado colombiano sigue sin llegar allí. Ésta realidad se solapa con el compromiso de muchas comunidades rurales para restaurar ecosistemas y cuidar de las especies. El puma o el mono churuco, como especies amenazadas, no pueden esperar a que el Estado colombiano llegue y salvaguarde sus unidades de conservación, y el cautiverio en los zoológicos se contraponen al cambio integral de paradigmas que viene en el marco de la superación de la guerra. Entonces, el enfoque territorial de la construcción de paz requiere de un nuevo modelo de conservación de especies que, además,

pueda ser agenciado por comunidades que conozcan su entorno y estén comprometidas con la restauración de los ecosistemas.

Muchos son los retos ambientales para construir la paz en Colombia. La salida de las FARC de muchas áreas ha coincidido en el tiempo con un aumento de la tasa de deforestación a lo largo y ancho del país. Las cifras del gobierno colombiano dicen que el país está deforestando 200.000 hectáreas por año y los territorios más deforestados fueron zonas de influencia directa de la insurgencia. En áreas de alta biodiversidad se ha registrado el avance de terratenientes que pagan a nuevos colonos campesinos para que remuevan las capas de bosque que se mantuvieron relativamente a salvo durante el conflicto armado para, posteriormente, llenar el terreno de cultivos y cabezas de ganado (vacas).

Así mismo, los páramos en Colombia fueron escenario durante 50 años de una guerra de alta montaña. Ecosistemas tan frágiles como los más de cuarenta complejos de páramo que hay en el país fueron corredores de la insurgencia ante la dificultad que representaba para el Ejército realizar operaciones a dicha altura. Áreas que además son hábitats de grandes mamíferos como el oso y el venado. Ahora, con el desescalamiento de la guerra, el gobierno colombiano no puede insistir en un modelo de conservación sin gente, que entienda la preservación de éstos ecosistemas como un trabajo de carácter técnico, institucionalizado y restrictivo. Durante el 2017 en el páramo de Sumapaz, el más grande del mundo, se vivió el primer año sin guerra después de varias décadas. El batallón que fue construido para combatir a la guerrilla de las FARC ahora se dedica a sembrar frailejones y reforestar pero, por otro lado, se está viviendo un estallido del fenómeno turístico a tal punto de ver llegar cada fin de semana a más de 800 turistas, cifra que supera la capacidad de carga ecológica del páramo y que pone a este ecosistema en vulnerabilidad manifiesta (Valencia Agudelo et al., 2017).

Los hechos demuestran que con parar la guerra y emitir conceptos científicos no se garantiza la conservación integral de ecosistemas y especies silvestres.

El manejo comunitario de Áreas Protegidas ha demostrado ser un mecanismo efectivo en muchos paí-

ses, que junto a enfoques de género y programas de pago por servicios ambientales puede constituirse en un verdadero garante de la preservación de la biodiversidad.

Aunque la conservación sea un compromiso de gobierno y hayan entidades especializadas en ello, la participación comunitaria en los programas de manejo ambiental les imprime integralidad y pertenencia local, debido a que “el concepto de ecosistema y ambiente natural varía de acuerdo a los beneficios que cada actor obtiene” (Delgado, Bachmann, & Oñate, 2007, p. 7). Así pues, sí se logran puntos de encuentro entre las consideraciones técnico-científica y el conocimiento comunitario, y se sublima el concepto en que el ecosistema y la comunidad se necesitan, no habrá mejor garante de la estabilidad ecológica del Área Protegida que las y los habitantes de la zona (campesinos, indígenas, comunidades negras, etc.).

El jaguar, por ejemplo, es un felino que halla en Colombia el punto clave de su ruta entre Suramérica y Centroamérica. Tras la entrega de armas de las FARC y la desaparición del Bloque Sur de dicha guerrilla, muchas de las zonas que se mantenían conservadas y que eran elementales para el paso y la reproducción del jaguar han sido colonizadas por terratenientes y el bosque ha desaparecido. Las autoridades han colapsado ante el flujo de llamadas en las que se denuncia presencia del felino en propiedad privada, pues en donde antes el jaguar encontraba selva ahora hay fincas y vacas. Las comunidades que habitan la amazonía o la Serranía de San Lucas al norte de Colombia han convivido con el jaguar durante siglos, saben qué zonas están vetadas para la actividad humana y por dónde pasa el animal. Sin la insurgencia, que controlaba el fenómeno de la deforestación y la caza de fauna silvestre, el Estado se ha visto sin la capacidad de acción y cobertura para proteger al felino de la nueva situación territorial y, ante la necesidad ecológica del paso del jaguar por las selvas que ha habitado durante siglos, más que el cautiverio, es el enfoque comunitario y compasivo de la conservación el que se muestra como la mejor posibilidad.

A manera de conclusió

Hay escenarios innaturales que, sin una debida explicación y pedagogía, pueden terminar naturalizando maltratos y situaciones que en su origen fueron salidas de emergencia o respuestas a contingencias en específico. Los zoológicos se convierten en centros de cautiverio con ánimo de lucro cuando su misión y su visión se convierten en una justificación biológica y ecológica del cautiverio en sí mismo. La finalización del conflicto armado interno en Colombia abre un campo de posibilidad para que el metabolismo del ser humano/naturaleza tome un nuevo respiro, sin grupos armados de por medio administrando el territorio. La guerra y la diversidad cultural y geográfica colombiana han engendrado particularidades y estrategias de territorialización de comunidades campesinas, indígenas y afro que deben ser valoradas de cara al futuro como expresiones autóctonas de un mismo imperativo ético: la conservación y restauración de los ecosistemas. Para que lo anterior aterrice en programas de recuperación y reintroducción de fauna silvestre, es necesario prescindir del enfoque que considera que las comunidades deben ser “integradas” a los planes de manejo ambiental. La conservación compasiva y la paz con la naturaleza requieren de un enfoque decolonial de la protección de la fauna y la biodiversidad, que transite del enfoque de “la comunidad invitada”, al reconocimiento de las capacidades y las trayectorias territoriales y comunitarias en el cuidado y la recuperación de lo hábitats (Artigas, Ramos, & Vargas, 2014).

Iniciativas como ZooXXI, liderada por la Fundación Franz Weber en Barcelona, apuntan a una recomposición conceptual, ética y operativa de los zoológicos.

El trabajo conjunto con las administraciones municipales y los parlamentos puede ser el eje de la reconversión, en tanto sólo una sinergia entre el legislativo y el ejecutivo puede garantizar la integralidad de la protección animal y el cambio de paradigma de manera situada. En Colombia, la Fundación Franz Weber lidera un proceso de acompañamiento técnico, político y teórico a la consolidación de la paz con la naturaleza y los seres sintientes en el marco de la im-

plementación de Los Acuerdos de Paz de La Habana y la negociación con la guerrilla del ELN. Lo anterior, de la mano con la Fundación Paz y Reconciliación y La Iniciativa: Unión por la paz. Dicho trabajo investigativo y de gestión, que ha sido sistematizado, por ejemplo, en el libro “Terminó la guerra, el postconflicto está en riesgo. A un año del acuerdo de paz”, ha permitido concluir, entre otras cosas, que el enfoque participativo puede ser ese factor alrededor del cual gire la reconciliación con los ecosistemas y un nuevo relacionamiento ser humano/naturaleza, un nuevo modelo de conservación.

Un censo reciente a la población de excombatientes de las FARC, demostró que el 10% de estas personas quisiera llevar a cabo su proceso de reincorporación en el marco de actividades restaurativas y pedagógicas por la defensa de la naturaleza y la biodiversidad. Posibilidades como el ecoturismo responsable, las guardias del bosque e incluso la agroecología hacen parte del camino comunitario en el manejo ambiental en tiempos de paz. La Fundación Franz Weber ha adelantado diálogos con excombatientes de las FARC en diferentes zonas del país para que su proceso de reincorporación socio-económica pueda ser funcional al desarrollo del paradigma de la conservación compasiva y participativa. Las actividades mencionadas son campos productivos que han demostrado ser posibilidad de empleo digno, actividades que en varios países son muy representativas dentro de la economía nacional y que no se desarrollan a costa del desarraigo cultural y territorial. Así pues, la reincorporación de las FARC puede configurar toda una barrera de contención al extractivismo en zonas que durante años estuvieron vetadas por el rigor de la guerra. Además, el proceso de reincorporación, unido a marcos participativos a nivel comunitario en las zonas más golpeadas por la guerra interna, puede hacer de los excombatientes de la insurgencia nuevos agentes para la protección y el bienestar animal desde los territorios y sin la sombra ni el ritmo de la institucionalidad; agentes para el cambio de paradigma.

Con la paz, la disyuntiva para el oso andino o el ja-

Bibliografía

guar no puede ser entre el cautiverio o ser cazado por ganaderos en el sur del país. Personas que antes estuvieron armadas y controlando los territorios, brindando argumentos al actual paradigma de los zoológicos, hoy están dispuestas a agenciar el cambio. Es allí dónde los zoológicos pueden convertirse en centros de despliegue de pedagogía y activismo conservacionista, mientras –en sus hábitats– los animales recuperan su vida y las comunidades locales y los excombatientes, con acompañamiento científico y técnico, van devolviendo a la naturaleza su territorio. Esa es la conservación compasiva, un modelo que renuncia a los conocimientos totalizantes que subestiman las capacidades y resultados de las comunidades en el manejo y la recuperación de especies y hábitats. Sin neocolonialismos ni pretensiones de universalidad, los zoológicos en Colombia pueden convertirse en agentes cruciales de la construcción de paz territorial en el país, retomando la vocación restaurativa y pedagógica, para que los animales dejen de morir de viejos en cautiverio y recuperen lo que la guerra les quitó.

Artigas, E. A., Ramos, A., & Vargas, H. (2014). *La participación comunitaria en la conservación del medioambiente: clave para el desarrollo local sostenible*. DELOS Desarrollo Local Sostenible, 21.

Delgado, L., Bachmann, P. M., & Oñate, B. (2007). *Gobernanza ambiental: una estrategia orientada al desarrollo sustentable local a través de la participación ciudadana*. Ambiente Y Desarrollo, 3(23).

Maripángui, L. (2012). *Diseño de una estrategia de marca para un parque zoológico*. Universidad de Chile.

Morales, L. (2017). *La paz y la protección ambiental en Colombia: Propuestas para un desarrollo rural sostenible*. Bogotá: Diálogo Interamericano.

Valencia Agudelo, L., Córdoba, M., Ávila, A., Montoya, C., Vargas, N., Castro, J. D., ... Jiménez, A. (2017). *Terminó la guerra, el postconflicto está en riesgo. A un año del acuerdo de paz*. (L. Valencia, Ed.) (1a Ed). Bogotá: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.